

## DEDICATORIAS

### A Ernesto

JUAN TOVAR LARRUCEA\*

Cuando yo era niño, Ernesto Sánchez Villares era ese adulto ídolo de chavales que sabía conectar con nosotros en sus visitas a casa de mis padres, de los que era tan amigo, que entraba en nuestra habitación para charlar un poco de todo y que, antes de irse a cenar, nos daba un biellete de duro de aquellos verdes en los que había un señor con boina tras preguntarnos ritualmente: «¿como andais de fondos?». Con el paso de los años se convirtió en un amigo estupendo al que debo, sin duda, mi vocación por la Medicina, buena parte de lo poco que de ella sé y algunos de los pájaros que se me fueron metiendo en la cabeza en nuestras innumerables conversaciones animadas con copa y «chester» en su casa de la Gran Vía Salmantina. Solía tener encima de la mesa una foto de mi padre, a quien él quiso y admiró tanto, con una dedicatoria que decía: «...en recuerdo de nuestras fantasías salmantinas...». Lamento infinitamente no haber tenido el valor de pedirle, cuando ya estaba perdido sin remedio, que me dedicara una foto suya a la que hubieran convenido las mismas palabras. Al fin y al cabo, nuestra complicidad, nuestra compenetración, consistían precisamente en la permanente reelaboración de estos sueños sólo mínimamente cumplidos.

Ernesto fue un pediatra excepcional que se formó en un momento particularmente difícil para nuestra especialidad. Sus periodos de estudiante y de postgraduado coincidieron con la postguerra en una Salamanca fría y pobre en la que florecieron las ilusiones de quienes querían reconstruirlo todo con amplitud de miras, pero con tan pocos medios, que aquello parecía tarea imposible. Su pronta adscripción al grupo de don Guillermo Arce le permitió, además de convertirse en un clínico excepcionalmente sagaz y humano, ponerse en contacto con una realidad hospitalaria más moderna, la de Santander, de la que salieron tantos buenos pediatras y líderes de la Pediatría, y le llevó muy pronto, quizás en perjuicio suyo, a tomar las funciones de su maestro doliente y encabezar, ya para siempre, los grupos castellanos primero de Salamanca y luego de Valladolid.

Los pediatras jóvenes, formados en el sistema MIR y en las subespecialidades de los modernos hospitales, ocasionalmente conocedores (no suficientemente a menudo) de los de otros países, no pueden apenas imaginar en qué condiciones se desarrollaba la formación pediátrica entonces, con qué medios, con qué limitaciones y hasta qué punto había que compensar con entusiasmo lo que no podía ser adecuadamente realizado. Bas-

\* Jefe del Departamento de Cirugía Infantil. Hospital La Paz.  
Reproducido del Boletín de Pediatría de la Soc. Vasco-Navarra.

ta con repasar los indicadores de salud de los años 40 y 50 para apercibirse de lo subdesarrollados, a la fuerza, que estábamos, sin revistas, sin congresos, sin viajes, sin contactos casi con el exterior, sin medios... sin calefacción. Cuando yo me incorporé, una generación más tarde, en los años 60, al quehacer pediátrico del grupo de Ernesto aún no había hospitales «modernos», no existían los cuidados intensivos, las especialidades ni la cirugía pediátrica, las escasas incubadoras disponibles eran regalo de la UNICEF en nuestra calidad de país «en desarrollo» y nuestros niños habían recibido hasta hacía poco un suplemento alimenticio (queso «cheddar», naranja y leche en polvo) donado durante años por los norteamericanos como hoy lo hacen con Somalia. En ese contexto mantuvo Ernesto viva la ilusión, las ganas de hacer, el orgullo de participar cada día un poco más en el progreso de nuestra especialidad. Cierto es que él era siempre un punto excesivamente entusiasta con los avances de quienes hemos sido sus discípulos, y que nosotros no teníamos aún el rigor metodológico necesario ni los medios materiales y el ambiente imprescindibles ya entonces para competir dignamente en el mundo, pero nunca dejó de llevarnos por ese camino, entonces todavía algo utópico, que hoy han hecho cada vez más real entre nosotros las generaciones siguientes. Su mérito principal, creo yo, ha sido hacer conscientemente de puente para que el hoy de la pediatría española pudiera tener lugar.

La inserción de estas iniciales utopías de Ernesto en el mundo académico de aquellos años no fue fácil y pasó el hombre por los avatares que muchos de los lectores del Boletín conocéis. Aún hoy ocurre en nuestro país que las circunstancias condicionan el resultado más que los hechos y, si nos colocamos en la perspectiva de hace 30 ó 40 años, no debe extrañarnos que Ernesto no desempeñara una cátedra hasta 1965, casi veinte años

después de que iniciara su liderazgo pediátrico. Afortunadamente para mí era yo a la sazón alumno de Pediatría y pronto le seguí a Valladolid, ya tocado por mi vocación quirúrgica, pero convencido de que me era necesario comenzar como pediatra y en su grupo. Nunca me he arrepentido y ese periodo, que no fue muy fácil en varios aspectos, me marcó para siempre colocándome, como no lo hubiera hecho nunca de otro modo, en mi ambivalente posición de pediatra cirujano-cirujano pediatra.

Con el andar del tiempo hubiera debido Ernesto liderar otros grupos en centros de envergadura mucho mayor donde su potencial integrador y excitador se hubiera expresado más favorablemente pero, un poco por las circunstancias, que para algunos son más circunstancias que para otros, y otro poco, probablemente más, por su fidelidad a los suyos, quiso quedarse en Valladolid hasta el final a pesar, hay que decirlo, de que el trato que allí le dieron los responsables sanitarios del momento fue el peor que se estilaba en el país por aquellas épocas. No lo dijo bastante por ese pudor suyo ante la adversidad, que como castellano comparto, pero sin duda su amargura mayor en la vida, fuera de la muerte accidental de una de sus hijas, fue el envío al limbo del nonato Hospital Materno-Infantil de Valladolid cuando ya estaba dotado y amueblado, en la capital de una Comunidad de más de dos millones de habitantes sin un solo centro terciario pediátrico que pudiera llamarse así. Pocos saben que tampoco había llegado a abrir el pequeño centro infantil de Salamanca que fue su primer proyecto de este tipo y solo algunos más saben que apenas pudo ver desde dentro los primeros pasos del gran hospital infantil madrileño que contribuyó a crear. Una vez más se retiró elegantemente cuando las circunstancias, siempre las circunstancias, dirigían los tiros en una dirección diferente de la elegida inicialmente. Quienes entonces le

descubrieron se sorprendieron mucho, dada su extracción académica, de su talante abierto, de su saber hacer, de su generosidad y de su entrega. No pudo ser y siguió trabajando como siempre, rodeado otra vez de sus gentes que habían ido desarrollando sus potencialidades hasta ser lo que son ahora. Hubo muchos antes que ello, catedráticos y titulares, jefes de servicio y departamento, pediatras de todo tipo. Hay también algunos que se consideran ligados a Ernesto como si discípulo hubieran sido, solamente por admiración, sintonía y reconocimiento a su talla humana y médica.

Su última lección nos la ha dado con el valor y el aparente despegue con que ha sobrellevado su enfermedad hasta el fin, aludiendo a ella con naturalidad y aprovechando hasta sus últimos días las horas con los suyos, las conversaciones con los amigos, las lecturas, la música, las flores de la primavera en los arribes del Duero y en el Jerte. ¡Con decir que tuvimos que anular a última hora su reserva de habitación para asistir al último congreso del Grupo Latino en Suiza que quiso mantener hasta el mismo día de su muerte!

Siempre quiso al País Vasco y sus costumbres, la pelota, a la que jugaba con escasa ortodoxia de pelotari con su amigo Irurita y, desde luego, la cocina. La condición de bilbaina de Merche le acer-

có aún más y siempre fue para él motivo de alegría ir a Bilbao o a Donostia cuando sus amigos le forzábamos a participar en un tribunal o en una conferencia. Nunca olvidaré sus agrídulces reflexiones, ante nuestro evidente orgullo por haber podido culminar la obra, cuando visitó el recién abierto materno-infantil de San Sebastián en una de esas oportunidades.

El hecho mismo de que Merche y cinco de sus siete hijos e hijas sean médicos prueba que algo de contagioso tenía que haber en su amor al oficio, pues no era precisamente cómodo ejercerlo como lo hacía, sin saber rehusar ni una invitación, siempre disponible para ayudar y para participar, postergando siempre lo personal para cumplir primero lo que para él era grato deber y, tantas veces, placer pues le permitió conocer a muchos, hablar de todo, saber más que nadie de la historia de nuestra especialidad en España y de tantas otras cosas, influir en tantos y contagiar entusiasmo y ganas de hacer.

Yo he perdido un maestro en todo y un segundo padre a quien he respetado y admirado casi tanto como al mío verdadero y por ello he aceptado gustoso escribir estas palabras en la hora triste de su muerte para recordar a todos mis amigos de la Sociedad Vasco-Navarra de Pediatría cuanto hemos perdido todos.